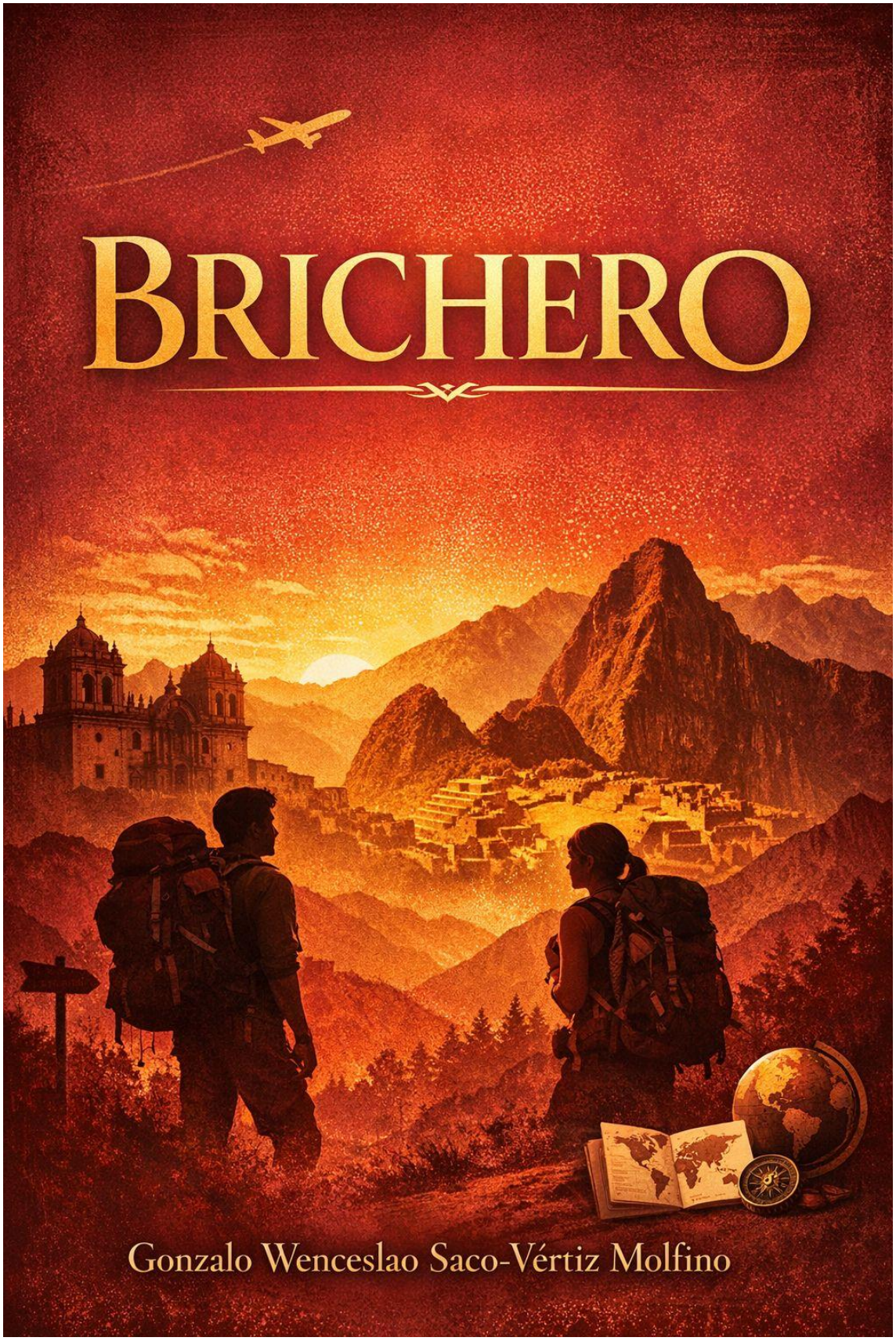
BRICHERO
Gonzalo Wenceslao Saco-Vértiz Molfino

Dedicatoria

Primero doy gracias a Dios y a la Virgen María,

por acompañarme en cada paso de mi vida, incluso en los momentos más difíciles.

A mis padres, por enseñarme con su ejemplo y por todo el amor que me dieron.

A mis abuelos, por ser el pilar de mi familia y sostener a quienes me criaron.

A mi hija Kiana, por traer luz y alegría a mi vida.

Y a la madre de mi hija, Kris, por caminar junto con mi hija, en este viaje de vida y familia.

Introducción

Brichero narra mi viaje de reinvención en Cusco. Tras dejar Lima, descubrí la montaña, el trekking y a viajeros de todo el mundo, aprendiendo a superar miedos y disfrutar la vida de otra manera. Es una historia de aventuras, encuentros y crecimiento personal.

Índice

1. El inicio del cambio
2. Jill
3. Primer Hike
4. Primer Trek
5. Primera noche en la montaña
6. Brichero
7. Noches de Cusco
8. Cyrielle
9. Brooke
10. Cusco Day Hike
11. Kris
12. Kiana
13. Burbuja de amor
14. Galán de noche

Capítulo 1 — El inicio del cambio

Nací en Lima en 1986. Durante veintinueve años, esa ciudad fue todo lo que conocí. Mi vida estaba ahí: mis amigos, mi trabajo, mi rutina, mis sueños y también mis miedos.

Lima puede ser una ciudad intensa. Mucho ruido, mucho tráfico, mucha presión. Durante años viví ahí tratando de encontrar mi camino como cualquier joven que intenta construir su vida. Pero hubo una parte importante de mi historia que marcó profundamente esos años: mi relación con Valentina.

Valentina fue una mujer muy especial en mi vida. Una chica suizo-italiana a la que conocí gracias a un amigo en común. Desde el principio hubo una conexión muy fuerte entre nosotros. Era dulce, buena, y tenía una forma muy tranquila de ver la vida.

Empezamos nuestra relación muy jóvenes, prácticamente adolescentes. Y como muchas historias de amor que comienzan temprano, crecimos juntos.

Durante ocho años compartimos una vida llena de momentos hermosos. Viajes, conversaciones interminables, planes para el futuro. Valentina fue la mujer que me hizo creer nuevamente en el amor.

Pero también éramos muy jóvenes.

Con el paso del tiempo empezó a aparecer algo que muchas parejas jóvenes enfrentan: la presión del mundo adulto. Las expectativas familiares. Las preguntas inevitables.

¿Cuándo se van a casar?

¿Van a tener hijos?

Nosotros todavía estábamos descubriendo quiénes éramos como personas. Sentíamos que aún teníamos mucho por vivir, mucho por aprender, mucho por explorar.

Después de ocho años juntos, nos hicimos una pregunta difícil pero necesaria:

¿Esto es realmente lo que queremos para nuestras vidas?

En ese momento decidimos tomar distancia para pensar.

Valentina se fue de viaje a Italia para desconectarse un poco, para sanar, para respirar. Yo me quedé en Lima tratando de recomponerme emocionalmente.

Ese fue uno de los momentos más difíciles de mi vida.

La ruptura me afectó profundamente. Entré en una etapa muy oscura marcada por ansiedad, ataques de pánico y depresión. Había días en los que sentía que mi propia mente era una cárcel.

Trabajaba y entrenaba en el gimnasio intentando mantenerme ocupado, intentando no pensar demasiado. Pero la verdad es que muchas veces sentía que estaba atrapado en mi cabeza.

Mientras tanto, Valentina estaba en Italia intentando encontrar su propio camino. Durante ese viaje conoció a un chico italiano.

Cuando regresó a Perú, los dos sabíamos la verdad.

Nuestra relación ya había terminado.

Fue un golpe muy fuerte, pero también fue el comienzo de algo que en ese momento yo todavía no podía ver.

Durante ese periodo oscuro apareció una persona que, sin saberlo, tendría un impacto enorme en mi vida: Greg Plitt.

Lo conocí a través de YouTube. Greg Plitt era un fisicoculturista muy conocido, pero más que eso, era una persona que hablaba sobre disciplina, mentalidad y superación personal.

Sus mensajes eran directos, intensos, casi militares.

Uno de sus mensajes se quedó grabado en mi mente:

“Face your fears.”

Enfrenta tus miedos.

Por coincidencia —o tal vez por destino— Greg Plitt llegó a Lima para dar una conferencia. Yo asistí.

Escucharlo hablar en persona fue algo que me marcó profundamente. Sus palabras me hicieron entender que mis ataques de pánico no tenían que definir mi vida.

Que podía enfrentarlos.

Que podía recuperar el control.

Ese fue uno de los primeros pasos de mi reconstrucción.

Otra influencia muy importante en ese momento fue César Millán, conocido en el mundo como The Dog Whisperer.

César Millán también había pasado por una ruptura amorosa muy difícil en su vida. Incluso estuvo cerca del suicidio antes de encontrar su propósito ayudando a rehabilitar perros.

Su filosofía era simple pero poderosa:

Ejercicio.

Disciplina.

Afecto.

Siguiendo esas ideas empecé a cambiar mi rutina diaria.

Salía a correr al parque.

Entrenaba todos los días.

Y poco a poco empecé a practicar algo que César enseñaba mucho: vivir en el presente.

Ver.

Oír.

Sentir.

Dejar de vivir atrapado en el pasado.

Durante ese proceso también me acerqué mucho más a mi fe. Empecé a rezar con frecuencia, a hablar con Dios y con la Virgen María en momentos de silencio.

Fue un proceso de sanación lento, pero real.

Sin darme cuenta, estaba reconstruyendo mi vida desde cero.

Y fue justamente en ese momento —cuando ya empezaba a sentir nuevamente un poco de luz— que apareció una idea que cambiaría completamente mi destino.

Una idea que me sacaría de Lima.

Una idea que me llevaría a una ciudad mágica en los Andes.

Una ciudad donde miles de viajeros llegan buscando algo.

Algunos buscan aventura.

Otros buscan amor.

Otros buscan respuestas.

Esa ciudad era Cusco.

Y sin saberlo aún, ahí comenzaría la verdadera historia de mi vida.

Capítulo 2 — Jill

Llegué a Cusco en el año 2016.

No fue una decisión completamente planeada. En realidad fue una mezcla de destino, necesidad de cambio y también un poco de escapar de algunos problemas en Lima.

En ese momento mi vida estaba pasando por otra etapa intensa. Yo trabajaba como entrenador personal en Lima y estaba viviendo un romance muy apasionado con una chica rusa. Era una relación fuerte, llena de atracción, de esas que aparecen de repente y te envuelven por completo.

Pero había un pequeño detalle: ella tenía enamorado.

Al principio parecía algo pasajero. Una aventura que no iba a traer mayores consecuencias. Pero la situación se complicó cuando su novio se enteró de que nosotros estábamos saliendo.

Las cosas empezaron a ponerse tensas, incómodas. No era el tipo de problema que yo quería en mi vida en ese momento.

Curiosamente, en esa misma época mi padre vivía en Cusco. Él trabajaba administrando un restaurante muy conocido en la Plaza de Armas, en la calle llamada Calle del Medio.

Así que tomé una decisión.

Irme a Cusco por un tiempo.

Tal vez unas semanas, tal vez unos meses. No lo sabía con certeza. Solo sentía que necesitaba cambiar de aire, salir de Lima y empezar algo distinto.

La chica rusa regresó a Barcelona, y ese romance terminó casi tan rápido como había empezado.

Yo, en cambio, tomé un avión rumbo a Cusco sin imaginar que ese viaje cambiaría mi vida.

Cusco era completamente distinto a Lima.

La ciudad tenía otra energía. Caminando por sus calles podías escuchar idiomas de todo el mundo. Mochileros, viajeros, aventureros… personas que habían llegado buscando algo.

Libertad.

Experiencias.

Historias.

Fue en ese ambiente donde, apenas un mes después de haber llegado, conocí a alguien que marcaría el inicio de una nueva etapa de mi vida.

Su nombre era Jill.

Jill era de Países Bajos.

Era alta, de pelo castaño y ojos claros. Tenía una cara muy linda y un cuerpo atlético. Había algo en su presencia que llamaba la atención inmediatamente. No solo por su belleza, sino por la energía que transmitía.

Jill tenía el espíritu de una verdadera viajera.

Le gustaba caminar, explorar, descubrir lugares nuevos. Amaba la naturaleza, las montañas y los paisajes salvajes.

En ese momento yo todavía no lo sabía, pero conocer a Jill cambiaría muchas cosas en mi vida.

Porque fue ella quien me abriría la puerta a un mundo completamente nuevo para mí.

El mundo del trekking.

Las caminatas por los Andes.

Los caminos de montaña que rodean Cusco.

Gracias a Jill comenzaría a descubrir senderos, paisajes y experiencias que terminarían definiendo gran parte de mi vida en los años siguientes.

Sin saberlo, ese encuentro también marcaría el inicio de algo más.

El comienzo de una serie de historias, encuentros y despedidas con viajeras de todas partes del mundo.

Capítulo 3 — Primer Hike

La primera caminata

Poco tiempo después de conocer a Jill, ella me propuso algo que cambiaría mi vida.

—Vamos a hacer una caminata —me dijo.

Para ella era algo completamente normal. Para mí no tanto. Yo venía de Lima, del gimnasio, de entrenar con pesas, de correr en parques. Pero caminar por montañas era algo totalmente nuevo.

Un día me habló de un lugar que casi nadie conocía en ese momento: la montaña de siete colores.

En ese entonces no era el destino turístico famoso que es hoy. No había cientos de buses ni miles de personas subiendo todos los días. Era el año 2016 y ese lugar era todavía un secreto escondido en los Andes.

Organizamos el viaje con algunos amigos. Recuerdo que éramos un pequeño grupo de aventureros: Matt, de Escocia; Amber, de Estados Unidos; Ricardo, de Lima; Jill, por supuesto; y algunos chicos más que eran parte de South American Explorers.

Salimos muy temprano desde Cusco. El camino era largo, atravesando pueblos pequeños, campos abiertos y montañas que parecían no tener fin.

Cuando empezamos la caminata, lo primero que sentí fue el silencio.

No había turistas.

No había ruido.

No había filas de gente esperando una foto.

Éramos solo nosotros caminando entre montañas gigantes, bajo un cielo azul profundo.

El aire era frío y delgado, típico de los Andes. Cada paso costaba un poco más. Pero había algo en esa caminata que me hacía sentir vivo.

Mientras avanzábamos, el paisaje se volvía cada vez más impresionante. Montañas nevadas alrededor, valles inmensos y un horizonte que parecía infinito.

Cuando finalmente llegamos al punto donde se veía la montaña, me quedé en silencio.

Las franjas de colores eran reales. Rojas, amarillas, verdes… como si alguien hubiera pintado la montaña con un pincel gigante.

Pero lo más increíble era esto: no había nadie más.

Solo nosotros.

Nos sentamos ahí arriba un rato, contemplando el paisaje, respirando ese aire puro de la montaña. Recuerdo pensar que algo dentro de mí estaba cambiando.

Después de todo lo que había vivido en Lima —la ruptura con Valentina, la ansiedad, la sensación de estar perdido— esa caminata fue como una especie de renacimiento.

Las montañas tenían algo especial. Algo que calmaba la mente.

Ese día entendí que Cusco no era solo un lugar al que había venido de paso.

Tal vez había venido a encontrar algo más.

Tal vez había venido a encontrarme a mí mismo.

Y sin saberlo todavía, ese sería solo el comienzo de muchas caminatas, muchas historias… y muchas personas que entrarían en mi vida en esta ciudad mágica.

Capítulo 4 — Primer Trek

Después de aquella primera aventura a la montaña de siete colores, algo en mí había cambiado.

Las montañas empezaban a convertirse en parte de mi vida.

Fue entonces cuando Jill me propuso una nueva aventura.

—Vamos a hacer un trek —me dijo un día.

Yo la miré con curiosidad.

—¿Un trek? ¿No es lo mismo que una caminata?

Ella sonrió y me explicó algo que hasta ese momento yo no sabía.

Un hike es una caminata corta. Puede durar unas horas o tal vez un día entero. Sales por la mañana y regresas el mismo día.

Pero un trek es algo diferente.

Un trek significa aventura. Significa caminar durante varios días, dormir en campamentos, atravesar montañas, valles y pueblos remotos. Es una experiencia mucho más profunda.

Y el lugar que Jill tenía en mente para mi primer trek era uno de los más hermosos de los Andes: el Lares Trek.

Yo nunca había hecho algo así en mi vida.

La idea de caminar durante varios días por las montañas sonaba emocionante… pero también un poco intimidante.

Aun así, algo dentro de mí quería hacerlo.

Tal vez porque sentía que cada vez que caminaba en las montañas de Cusco, una parte de mí se iba sanando.

El Lares Trek nos llevaría por paisajes que parecían sacados de otro mundo: lagunas de color turquesa, montañas gigantes cubiertas de nieve, y pequeños pueblos andinos donde el tiempo parecía haberse detenido.

También sería la primera vez que dormiría en carpa en medio de la naturaleza.

Recuerdo preparar mi mochila con esa mezcla de emoción y nervios.

Para Jill, todo esto era completamente normal. Ella ya tenía experiencia en caminatas de varios días. Para mí, en cambio, todo era nuevo.

Pero ella tenía algo que yo admiraba mucho: una conexión muy natural con la montaña.

Y sin saberlo, Jill estaba abriendo una puerta en mi vida.

Una puerta hacia el mundo del trekking.

Un mundo que poco a poco se convertiría en parte fundamental de mi historia en Cusco.

Capítulo 5 — Primera noche en la montaña

La primera noche durmiendo en la montaña fue una experiencia completamente nueva para mí.

Habíamos caminado durante horas por los paisajes del Lares Trek, atravesando valles enormes, lagunas silenciosas y montañas que parecían tocar el cielo.

Cuando finalmente armamos las carpas, el frío empezó a sentirse con fuerza.

Era el tipo de frío que solo existe en los Andes.

Me metí dentro del sleeping bag tratando de encontrar calor. Jill estaba muy cerca de mí dentro de la carpa. Dormimos prácticamente uno al lado del otro para mantener el calor durante la noche.

Afuera, el silencio de la montaña era total.

Nada de carros.

Nada de teléfonos.

Nada de ruido.

Solo el viento suave moviendo la carpa y el cielo lleno de estrellas.

A la mañana siguiente desperté con una de las imágenes más impresionantes que había visto en mi vida.

El sol empezaba a iluminar lentamente las montañas nevadas. Alrededor de nosotros caminaban tranquilamente llamas y alpacas, como si fueran parte natural del paisaje.

Un poco más allá estaban los niños de las comunidades andinas.

Jugaban en medio del frío como si no existiera. Tenían los cachetes rojos por la altura y también una sonrisa enorme, de oreja a oreja. Esa alegría simple tenía algo muy puro, muy auténtico.

Era como si en ese lugar el tiempo se moviera de otra manera.

Después de cuatro días caminando por las montañas, llegó el momento de regresar.

Subimos al carro que nos llevaría de vuelta a Cusco.

Mientras descendíamos por las carreteras de los Andes, empecé a sentir nuevamente la conexión con el mundo moderno.

El wifi.

El tráfico.

Los carros.

La polución.

El ruido.

Todo eso volvía poco a poco a mi vida.

Durante esos cuatro días en la montaña había olvidado completamente ese mundo.

Había estado conectado conmigo mismo, con la naturaleza, con el silencio.

Y fue ahí cuando entendí algo importante.

Este camino de autosanación, de buscar la montaña como una forma de encontrarte contigo mismo, tiene mucho que ver con el mundo en el que vivimos hoy.

Vivimos en una sociedad donde muchas personas se enfocan únicamente en hacer más y más dinero. Trabajar más, producir más, competir más.

Pero muchas veces se olvidan de algo fundamental.

La conexión con nuestro propio entorno.

Y el equilibrio con nuestro propio cuerpo.

Escribo este libro también para las personas que están pasando por momentos difíciles: depresión, ataques de pánico o ansiedad.

Yo estuve ahí.

Los antidepresivos pueden ayudar en momentos muy duros, y muchas veces son necesarios. Pero no se puede tapar el problema de raíz con una pastilla, así como no se puede tapar el sol con un dedo.

Si realmente quieres ir más allá, tienes que empezar a vivir de una manera distinta.

Cambiar tus hábitos.

Cambiar tu entorno.

Juntarte con personas que ven el mundo de otra manera.

Por eso viajar es tan importante.

Viajar es como leer un libro.

Te abre la mente.

Y a veces también puede abrir el corazón.

Capítulo 6 — Brichero

En Cusco existe una palabra muy particular que probablemente muchos viajeros nunca han escuchado antes.

La palabra es brichero.

Dicen que viene del inglés bridge, que significa “puente”. Con el tiempo, en el lenguaje popular de Cusco, esa palabra se fue transformando en brich y finalmente en brichero.

En la jerga local, un brichero es un hombre cusqueño o peruano que sale románticamente con mujeres extranjeras.

Es una palabra que se escucha mucho entre los locales, especialmente en una ciudad como Cusco, donde miles de viajeros llegan cada año desde todas partes del mundo.

A veces la palabra se usa como una broma.

A veces como una crítica.

Y otras veces simplemente como una descripción de algo que pasa muy seguido en una ciudad llena de mochileros y aventureros.

Cuando decidí escribir este libro, sabía que el título era muy importante.

La portada de un libro tiene que llamar la atención.

Tiene que provocar curiosidad.

Por eso elegí el nombre BRICHERO.

Es una palabra muy conocida en el Perú y, de alguna manera, también refleja una parte de mi propia historia.

Durante mis años viviendo en Cusco he conocido mujeres de muchas partes del mundo. Viajeras, mochileras, aventureras que llegaron buscando experiencias nuevas en los Andes.

Algunas de ellas pasaron por mi vida solo por unos días.

Otras dejaron recuerdos mucho más profundos.

Cada una de esas historias forma parte de este libro.

Pero Brichero no es solamente una historia sobre romances con extranjeras.

Es también la historia de un hombre que llegó a Cusco buscando reinventarse.

Un hombre que encontró en las montañas, en los viajes y en las personas de otros países una nueva manera de ver el mundo.

Porque a veces las personas que llegan desde lejos no solo cambian tu vida por un momento.

A veces también te ayudan a descubrir quién eres realmente.

Capítulo 7 — Noches de Cusco

Cusco no solo es montañas, trekking y paisajes increíbles.

Cusco también tiene noches que parecen no terminar nunca.

En esa época tenía un gran amigo limeño, como yo, llamado Ricardo. Con él empezamos a descubrir otro lado de la ciudad: los hostels llenos de mochileros, viajeros jóvenes de todas partes del mundo, música, cerveza y fiestas que duraban hasta el amanecer.

Muchos de esos hostels organizaban torneos de beer pong.

Para quienes no lo conocen, el beer pong es un juego muy popular entre mochileros. Dos equipos se enfrentan lanzando una pelota de ping-pong hacia vasos de cerveza colocados en el otro lado de la mesa. Si la pelota entra en el vaso, el otro equipo tiene que beber.

Puede sonar simple.

Pero cuando empiezas a jugarlo en serio… se vuelve casi un deporte.

Ricardo y yo nos volvimos muy buenos en ese juego.

Tan buenos que empezamos a ganar prácticamente todos los campeonatos de beer pong en los que participábamos.

En esos torneos jugaba gente de todas partes del mundo: australianos, estadounidenses, europeos, mochileros que estaban de paso por Cusco buscando aventura.

Y siendo completamente honesto, nuestro principal objetivo no era solo ganar.

También era conocer chicas.

Cada campeonato era como una pequeña batalla social. Y cuando ganábamos —que era bastante seguido— terminábamos rodeados de gente celebrando, brindando y tomando cerveza con nosotros.

Las chicas se acercaban, nos apoyaban, nos animaban.

Eso, por supuesto, no le gustaba mucho a algunos de los administradores de los hostels.

Muchos de ellos también participaban en los torneos, y ver a dos limeños llevándose siempre la victoria no les hacía mucha gracia.

Digamos que no éramos sus jugadores favoritos.

Pero para nosotros todo era parte del juego.

Antes de entrar a cada hostel teníamos incluso una pequeña cábala.

Como un futbolista que se prepara antes de entrar al campo de juego.

Nos persignábamos.

Era nuestra manera de entrar con confianza, como si estuviéramos a punto de jugar un partido importante.

Y curiosamente… funcionaba.

Esas noches fueron algunas de las más divertidas de mi vida en Cusco.

Capítulo 8 — Cyrielle

La primera mochilera con la que tuve un romance en Cusco se llamaba Cyrielle.

La conocí gracias a un amigo en común: Matt, un escocés apasionado por las caminatas de montaña que trabajaba en la organización South American Explorers. Matt era de esas personas que siempre estaban planeando el próximo trek o descubriendo nuevos caminos en los Andes.

Un día estaba sentado en el restaurante donde trabajaba mi padre, en la Calle del Medio, tomando un mate de coca mientras conversaba con Matt sobre la posibilidad de hacer un trekking hacia Huchuy Qosqo.

Era una tarde tranquila en la Plaza de Armas.

De pronto Matt apareció acompañado.

Con él venía una chica.

Una francesa del sur de Francia.

Rubia, delgada, con ojos verdes y una cara muy linda.

Se llamaba Cyrielle.

Recuerdo perfectamente el momento en que la vi por primera vez. Hay personas que te llaman la atención inmediatamente, sin que tengas que pensar demasiado en por qué.

Cyrielle era de ellas.

Conversamos un rato los tres en la mesa, hablando de Cusco, de trekking, de viajes y de los lugares que ella quería conocer en Perú.

Antes de despedirnos reuní un poco de valor y le pedí su número de teléfono.

Para mi suerte, me lo dio.

A los pocos días empezamos a salir.

Una de nuestras primeras caminatas fue a Q'enqo, un sitio arqueológico muy cerca de la ciudad desde donde se puede ver Cusco desde arriba.

Subimos caminando por los senderos mientras el sol empezaba a caer sobre la ciudad.

Nos sentamos a ver el atardecer con unas cervezas, conversando y riéndonos como si nos conociéramos desde hace mucho más tiempo.

Viajar tiene ese efecto.

Acelera las conexiones entre las personas.

Esa noche quedamos en vernos más tarde para salir a bailar en un hostel.

La música estaba fuerte, el lugar lleno de mochileros y viajeros de todas partes del mundo.

Entre la música, las risas y el ambiente de fiesta… llegó el momento.

La besé por primera vez en medio de la pista de baile.

Con Cyrielle tuve un romance de aproximadamente un mes.

Durante ese tiempo ella trabajó en Cusco ayudando a Matt en algunas actividades con viajeros y trekkers.

No fue una historia larga.

Pero fue significativa.

Cyrielle fue la primera mochilera con la que tuve un romance desde que llegué a Cusco.

Y sin darme cuenta, esa pequeña historia marcaría el comienzo de muchas otras aventuras que vendrían después en esta ciudad donde el mundo entero parece cruzarse todos los días.

Capítulo 9 — Brooke

Después de varias experiencias con viajeras aventureras, me di cuenta de algo: muchas personas querían caminar por las montañas, pero no todos tenían tiempo para un trek de varios días.

Muchos mochileros y viajeros solo tenían unos pocos días en Cusco.

Fue entonces cuando conocí a Brooke, una chica americana de Texas.

Tenía la energía típica de los viajeros que buscan algo más que fotos para Instagram. Era curiosa, abierta y siempre preguntando por lugares fuera de la ruta turística.

Nos conocimos de manera natural en Cusco. Terminamos conversando sobre caminatas, montañas y sitios poco conocidos.

Un día me dijo algo que se me quedó grabado:

—“I wish there was a good day hike around Cusco… something real, not just a tour.”

Ella quería una caminata auténtica. No un tour masivo lleno de buses y horarios rígidos. Quería naturaleza, historia y sentir que realmente exploraba los Andes.

Le propuse hacer una caminata diferente: nada de grandes grupos, nada de itinerarios rígidos, solo una aventura de un día, explorando lugares increíbles cerca de Cusco.

Ese día caminamos por senderos que los turistas casi nunca ven, cruzamos pequeñas comunidades andinas y pasamos por antiguas terrazas incas.

Brooke estaba fascinada.

Cada cierto tiempo decía:

—“Why isn’t everyone doing this?”

Ahí comprendí algo importante.

Tal vez lo que para mí era normal —caminar por las montañas de Cusco— para muchos viajeros era exactamente lo que estaban buscando.

Al final del día, Brooke me dijo algo que cambiaría muchas cosas:

—“You should do this for people. Seriously. This is the best day I’ve had in Peru.”

Ese día fue el inicio de lo que después se convertiría en Cusco Day Hike, un proyecto que nacería de manera simple: caminando, explorando y compartiendo los Andes con personas de todo el mundo.

Capítulo 10 — El primer tour de Cusco Day Hike

La idea de hacer caminatas de un día alrededor de Cusco empezó casi como una broma. Después de la experiencia con Brooke, me di cuenta de algo muy simple: mucha gente venía a Cusco buscando naturaleza, caminatas y algo auténtico, pero no todos tenían el tiempo o las ganas de hacer un trekking de varios días.

Muchos viajeros estaban solo unos pocos días en la ciudad. Querían sentir la montaña, respirar aire puro, ver comunidades, caminar por caminos antiguos… pero regresar a dormir a su hotel en Cusco esa misma noche.

Ahí nació la idea. La llamé Cusco Day Hike.

No tenía oficina.

No tenía empresa formal.

No tenía página web.

Solo tenía algo más importante: conocía los caminos, conocía las montañas y tenía muchas ganas de crear algo diferente.

El primer tour llegó gracias al boca a boca entre viajeros. Un amigo le comentó a otro, y ese otro terminó escribiéndome para preguntar si era verdad que yo hacía caminatas especiales cerca de Cusco.

Esa noche casi no dormí.

No por el frío de la montaña como en el Lares Trek… sino por los nervios. Era mi primer tour. No sabía si todo iba a salir perfecto, pero sí sabía algo: iba a dar lo mejor de mí.

Quedamos temprano en la mañana en la Plaza de Armas de Cusco. Llegué antes que todos, con esa mezcla de emoción y responsabilidad que uno siente cuando algo nuevo empieza.

Cuando vi llegar a los primeros viajeros con sus mochilas, me di cuenta de algo importante: ya no estaba caminando solo por mí. Ahora estaba guiando a otros.

El camino comenzó saliendo de la ciudad hacia las montañas que rodean Cusco. Poco a poco dejamos atrás el ruido, el tráfico y el movimiento del centro histórico.

Como siempre pasa en las caminatas, al inicio la gente habla mucho. Después de una hora de caminar, el grupo empieza a entrar en silencio.

La montaña hace eso.

Te obliga a escuchar el viento, los pasos, la respiración… y un poco también a ti mismo.

Ese día todo fluyó. Caminamos por senderos que muy pocos turistas conocían, pasamos por pequeñas comunidades, saludamos a niños que corrían entre llamas y ovejas, y vimos paisajes que parecían sacados de otro tiempo.

En algún momento del camino uno de los viajeros me dijo algo que nunca olvidé:

—“This is the best day we’ve had in Peru.”

En ese momento entendí que la idea funcionaba. No era solo una caminata. Era una experiencia.

Ese fue el primer tour de Cusco Day Hike, y sin saberlo en ese momento, también fue el inicio de una nueva etapa en mi vida.

Capítulo 11 — Kristina (Kris)

Después de que Brooke se fuera de Cusco para emprender el Pacific Crest Trail (PCT), una caminata de seis meses que recorre desde San Diego, California hasta Canadá, me quedé con un sentimiento de tristeza en Cusco.

Para distraerme y conocer nuevas personas, volví a abrir Tinder. Allí conocí a Kristina, o Kris, como le decimos. Una mujer que, sin imaginarlo, terminaría siendo la madre de mi hija.

Desde el primer momento todo fluyó naturalmente. Kris era incluso más bonita en persona que en las fotos, pero lo que más me llamó la atención fue su bondad, amabilidad y la forma en que hacía sentir bien a quienes la rodeaban.

Al igual que yo, trabajaba en turismo, pero en el área de ventas para una agencia local. Mientras yo guiaba caminatas, tours de stand up paddle y kayak, ella estaba en la oficina ayudando a viajeros a planificar sus aventuras.

Con Kris, el tiempo presente cobraba un significado distinto. Nos mudamos juntos y cada día era una combinación perfecta de nuestras rutinas: ella salía temprano a su trabajo de oficina, yo a mis guías y tours, y por la noche volvíamos a casa, compartiendo historias sobre lo que habíamos vivido durante el día.

Era una relación tranquila, sana y feliz. Una relación que me hizo sentir plenamente en el momento, conectado con alguien que compartía mi amor por Cusco, el turismo y la naturaleza.

Todo parecía perfecto hasta que llegó el año 2020 y con él los tiempos de COVID-19, que pondrían a prueba nuestras vidas y la forma en que experimentamos la ciudad, el trabajo y nuestras relaciones.

Capítulo 12 — Kiana (Nuestra hija)

Kris y yo estábamos viviendo un romance muy intenso cuando, sin saberlo, ella ya estaba embarazada. La noticia llegó justo en medio de los tiempos de COVID-19, una situación que nos mantuvo en cuarentena a nosotros y al mundo entero.

Durante esos días de confinamiento, entre la rutina y las noticias del mundo, recibimos la noticia que cambiaría nuestras vidas: íbamos a ser padres.

Recuerdo que la abracé y le dije:

—“Estamos juntos en esto.”

Fue un momento de miedo y emoción al mismo tiempo. Ser padres en medio de una pandemia era algo totalmente distinto, algo que nos llenaba de incertidumbre, pero también de alegría.

Cuando pasaron los tres primeros meses de embarazo y supimos que la llegada de Kiana era segura, decidimos contarles a nuestras familias. Fue un momento especial y también un poco aterrador.

En lo personal, me sentía dividido entre el miedo y la felicidad. Ser padre me enfrentaba a una responsabilidad que nunca antes había experimentado, pero también me llenaba de ilusión y motivación para vivir de manera más plena.

Antes de que Kiana naciera, a fines de 2020, Kris y yo tomamos una decisión importante: mudarnos al Valle Sagrado, exactamente a Huayllabamba. Elegimos este lugar por su tranquilidad, alejado del ruido de la ciudad de Cusco y del confinamiento del COVID. Queríamos un espacio donde pudiéramos prepararnos para la llegada de nuestra hija, rodeados de naturaleza, montañas y paz.

Ese fue el comienzo de una nueva etapa en nuestras vidas. Una etapa de amor, de espera y de construcción de una familia en medio de un mundo que estaba cambiando rápidamente, pero también lleno de oportunidades para conectar con lo que realmente importa: la vida, la naturaleza y el hogar que estábamos formando juntos.

Capítulo 13 — Burbuja de amor

Cuando nació Kiana, también nacimos nosotros como padres. Así nos lo dijo nuestra partera, Ruro.

Ese instante cambió nuestra vida para siempre. Nos convertimos en una familia, y su llegada marcó un antes y un después en mi vida.

Yo solo podía acompañar el momento mientras Kris, con una valentía descomunal, daba a luz de forma natural, sin epidural, a nuestra hija. Ruro estaba allí para guiarnos y acompañar el nacimiento, lo que me dio una tranquilidad enorme.

Recuerdo claramente ese instante final: Kris dijo, con voz agotada:

—“Ya no puedo más.”

Y Ruro, con calma y firmeza, le respondió:

—“Un empujón más y nace tu hija.”

Kris me contó después que ese último empujón lo sintió como un pecesito que sale rapidísimo.

En ese momento vi a Kiana, a nuestra hija, nacer.

Y me emocioné hasta las lágrimas. No solo por verla a ella, sino porque en ese instante sentí a mi padre, a mi madre y a todos mis ancestros conmigo, en mi corazón.

Fue una alegría que me desbordaba. Quise compartirla con todo el mundo, pero al mismo tiempo, sabía que debía ser un momento privado e íntimo, solo nuestro.

Fue perfecto. Un instante que jamás olvidaré.

Ese día comenzó nuestra vida como familia, y desde ese momento supe que la verdadera aventura no solo estaba en las montañas, sino en cada instante compartido con los que más amas.

Capítulo 14 — Galán de noche

El Galán de noche no era un hombre ni una persona, sino un arbusto.

Conocido por sus flores blancas que liberan un aroma particular solo durante las noches, ese aroma me acompañó durante mis días en Huayllabamba. En el jardín de nuestra casa, ese arbusto esparcía su fragancia única, recordándome que incluso en la oscuridad, la belleza y la calma pueden florecer.

Durante los dos primeros años de Kiana, vivimos una vida muy linda. A pesar de los tiempos del COVID-19, las enfermedades, la pérdida de seres queridos y la incertidumbre laboral, creamos nuestra propia burbuja de amor.

Una burbuja por la que estaré por siempre agradecido, no solo con Kris y Kiana, sino también con Dios y la Virgen María, que siento siempre a mi lado en los momentos más difíciles, tristes y solitarios.

Este libro no es de religión, pero sí habla de fe: la fe en la vida, en los caminos que se abren ante nosotros, y la gratitud por la protección y guía que sentimos.

No me limito solo al cristianismo; también reconozco las enseñanzas del budismo, que me enseñan que todo pasa por algo, que ningún copo de nieve cae en un lugar equivocado.

Espero que estas páginas sirvan de ayuda a quienes las lean, que resuenen con su voz interior y les recuerden que, incluso en la oscuridad, siempre hay luz.

Quiero expresar mi agradecimiento profundo:

- A mis padres, porque ahora que soy padre entiendo las mil y una dificultades que enfrentaron al criarme.

- A mis abuelos, que apoyaron a mis padres cuando eran jóvenes y los sostuvieron como pilar.
- A Dios y a la vida, por todo lo que me toca vivir y por todo lo que aún me tocará, porque sé que es parte de mi camino.

Gracias. Gracias. Gracias.